

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 6 DE DICIEMBRE DE 1931.

NUM. 49



LA CANTADORA AMBULANTE

LA CANTADORA AMBULANTE

Nacidas en las risueñas faldas de los Apeninos o en las fértiles llanuras de la Campania recorren esas pobres mujeres las brumosas comarcas del Norte, llevando allí el acento del Mediodía.

Teresina es el nombre que ha dado el autor del cuadro a esa dulce figura de cantadora, en cuyo rostro se ve pintada la tristeza, llevando a su lado, consuelo de sus dolores y compañera en el arte, a la pobre niña destinada a ser como su madre la pobre cigarra aborrecida por la avarienta hormiga.



EL PASTOR Y EL FILOSOFO

Vivía en una choza un pastor anciano apartado del bullicio de las grandes poblaciones.

No había leído a Sócrates, ni a Tulio, ni a Ulises, ni sabía las historias de Grecia ni la de los cartagineses y romanos. Sin embargo se le tenía por sabio.

Un día, se le acercó un filósofo, hombre de ciencia y de mundo y quiso que el pastor le explicase cuanto había aprendido durante su vida.

—Aprendí a cantar y a sentir—dijo el pastor—oyendo muchas veces a las aveci-llas que revolotean por esas enramadas.

Aprendí a trabajar en la juventud, y a conservar hoy que soy anciano, observando a las laboriosas hormigas.

Aprendí a ser amable, fiel y cariñoso observando a mi mastín, que al ver a mi hijo muerto, ahí en esas matas, no se se-

paró de él ni quiso comer hasta que mi hijo fué enterrado.

Aprendí a tener amor a mi esposa, viendo a las palomitas que se hacían el amor en sus arrullos.

Aprendí a respetar la propiedad llevando a mis ovejas por esos riscos y laderas donde encuentran alimento sin necesidad de entrarlas en los sembrados de mis conciudadanos.

Aprendí a defender mi patria viendo a esa república que produce miel y cera, lanzándose todas las obreras como si fuesen una sola contra los que perturban su armonía, o sea contra los zánganos.

Aprendí a perder la vida por mis hijos y lo aprendí porque las gallinas me lo enseñaron.

Aprendí que mi sencillez debo preferirla a las patrañas del mundo, porque un hijo mío, después de recorrer el Continente Nuevo y Antiguo ha vuelto a esta choza cansado de buscar la virtud y no encontrando más que doblez y engaño.

Aprendí a creer en Dios, viendo ese infinito número de estrellas, y esos eclipses y esas auroras boreales.

El filósofo que le había estando oyendo y mirando de hito en hito, estrechó aquella mano tosca, y dijo estas solas palabras:

«En las chozas están los más grandes filósofos».



LA NAVIDAD Y LOS NIÑOS

La Navidad toca la vida doméstica más intimamente que cualquier otro festival del año cristiano.

En efecto, probablemente no hay día en el calendario que signifique tanto para el hogar como la Nochebuena; es un día de júbilo y el espacio se llena con el acento de los cantos más dulces y delicados; la bondad y el amor reinan entonces soberanamente en el corazón.

En la Iglesia, en la calle, en la tienda, en el hogar, en dondequiera, la atmósfera está llena de alegres ecos, de aromas y de cantos. ¡Qué día tan glorioso es para los niños!

No debe, pues, sorprendernos que todos los niños, en todas partes, vean con indecible alegría que cuando se quita la última hoja de noviembre en nuestros calendarios, aparece diciembre con todas sus alegres promesas de Nochebuena.

Los niños son, por lo tanto, un factor esencial en la fiesta de Navidad; su entusiasmo, su interés, sus esperanzas, sorpresas y goces, no solamente por los obsequios que reciben sino por el ambiente de la fiesta, todo esto da a la ocasión un carácter típico, lo cual constituye en realidad la gloria y la alegría de nuestras fiestas.

La celebración del día en la Iglesia da a los niños las profundas impresiones religiosas que son inseparables de la Navidad, y éstas se confirman y fortifican por las sugerencias y la instrucción recibidas en el hogar, porque es aquí donde deben hacerse las impresiones duraderas de la Navidad.

La presencia de los niños en el hogar da la nota principal a la fiesta; si hay varios de ellos, la participación de sus goces multiplica éstos, y hace el día más grande aún, de modo que los niños que tienen hermanos y hermanas tienen una gran

ventaja sobre los que están solos en su hogar representando a la futura generación.

Un periódico, del mes de diciembre, trae un dibujo con este título: «Los Dos Lados del Cuadro».

Un lado representa a un niño hermoso muy bien vestido, siendo el hijo único en un hogar aristocrático y rico; dicho niño está materialmente cercado de los más costosos regalos de Navidad, puede decirse que casi todo lo que un niño desea en la Nochebuena está allí.

Pero el niño no es feliz; hay en sus ojos una mirada de ansiedad que se dirige al espacio sin límites: está sólo, no tiene el don valioso del compañerismo, y daría gustoso todos sus regalos si pudiera tener un solo amigo con quien jugar.

El otro lado del cuadro nos lleva a un hogar pobre y humilde; los regalos de Navidad son pocos y de los más baratos.

Un chiquitín mofletudo y de carrillos sonrosados, sopla con toda su fuerza una cornetita de metal, en tanto que a su lado sus dos hermanitas juegan contentas con sus nuevas muñecas, mirando a su hermano con mutua satisfacción. ¡Ah, no es necesario mucho para hacerlos felices, por lo que respecta a los juguetes de Navidad!

La profundidad de su gozo viene de su compañerismo, el cual es una señal de afecto y una fuente inagotable de contento mucho más grande que la posesión de un juguete, no obstante lo costoso de éste.

No es pues, la riqueza y la opulencia del primero lo que puede llegar a poner en su corazón la nota alborozante de alegría que domina en el segundo, sino la conciencia de que hay un goze inocente y

legítimo del cual participan al mismo tiempo varios corazones que palpitan a impulsos de la misma dicha.

¡Bendito el hogar en el cual los gritos de los niños felices se oyen en el cumpleaños de Aquel que amó a los tiernos cor-deritos con amor inmenso, y dijo que «de ellos es el Reino de los Cielos!»

NO ERA SIN VALOR

Es una verdad indiscutible que aún las acciones más pequeñas hechas en favor de nuestros semejantes tienen alguna utilidad, y a veces, lo que parece que no tiene importancia resulta de gran valor.

Un hombre enfermo que vivía a orillas del mar oyó una noche gritos de socorro de alguien que se había caído al mar. El era un buen nadador, y en otras circunstancias se hubiera tirado al agua, pero esto era imposible ahora. Pensando en lo que podría hacer, se le ocurrió la idea de colocar la lámpara en la ventana.

A la mañana siguiente supo que había caído un hombre al agua y que había sido salvado gracias a una luz que alguien sacó por la ventana en el preciso momento en que acababan de echarle una cuerda a ciegas, pues era tan densa la obscuridad que se oía el ruido del que luchaba con las olas pero nadie podía precisar el lugar en donde se hallaba.

A veces nos parece que no podemos hacer nada para salvar las almas de nuestros semejantes, pero si logramos que nuestra vida brille como hijos de Dios en medio de un mundo de tinieblas, muchos naufragos del pecado podrán aprovechar

esa luz para orientarse y llegar a Cristo el Salvador que va en su busca.

HUMILDAD

Contemplad la violeta: vedla cómo se oculta entre sus hojas, a pesar de tener no poca hermosura.

Es modesta, no la seducen los halagos. Da su perfume, brinda su belleza, mas no pregona sus virtudes.

Ved la rosa. Puesta bien visible, en la rama más alta, ofrece sus encantos con orgullo y pretende imponerse sobre todas las flores.

Es flor de vanidad que está diciendo: Mirame, soy la más hermosa.

La violeta es bella; perfuma y adorna pero no es amante de la ostentación.

Es humilde; perfuma y ofrece su hermosura, porque esa es su misión.

No busca los lugares más altos para desempeñar su función; vive en los rincones y desde allí es esencia y es hermosura.

Ser una violeta, escondida en las hojas de su propia humildad, pero incomparablemente bella a los ojos de Dios y con una delicada misión que cumplir; tal debe ser nuestra vida.

Sin buscar la grandeza se llega a ser grande, a semejanza de Cristo que buscando humillarse por amor a los hombres, alcanzó un lugar a la diestra de Dios.

De su boca salieron aquellas palabras: «Cualquiera que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado.»

Dios nos conceda ser como una violeta, escondida a la vista del mundo, pero brindando, generosa, su aroma, su belleza y su ejemplo.